

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ,
Género, jóvenes e Iglesia

Encuentro, Madrid 2024, pp. 196
ISBN: 978-84-1339-180-9

Importa mucho el temple en el que se escribe un libro. En este caso, como la propia autora confiesa, “mientras escribía, tenía muy presente que lo único que nos llevamos al cielo es el amor con que hagamos las cosas” (p. 13). Este amor no excluye, claro, el esfuerzo; pero las obras del amor, aunque pueden ser trabajosas, hacen hondamente felices a quienes a ellas se entregan. En este caso, se trata de una entrega generosa a la par que humilde y agradecida –como también confiada y esperanzada, sin por ello caer en la ingenuidad–. No conozco personalmente a la autora, como se podría objetar; pero no creo que sea otra la impresión que cualquier lector seguramente se lleve del libro –siempre que sea un lector un poco atento y sensible, menesteroso de orientación y poroso ante las verdades inesperadas–.

A cien leguas del capricho y la arbitrariedad, la autora ha escogido bien su tema. Para decirlo con la expresión de Ortega, Marta Rodríguez dedica su libro al que quizá sea, si no el tema, uno de los temas de nuestro tiempo. De este modo, con razón se nos recuerda que, según Luce Irigay, “cada época tiene un tema que pensar” y el de la nuestra es “el significado de la diferencia sexual” (p. 56). Se trata de un tema que enfrenta a las generaciones que hoy conviven, como bien se muestra en el libro. Para los jóvenes, los mayores no tienen una mente abierta; son autoritarios y se aferran al pasado. En cambio, para los mayores, los jóvenes lo dan todo por bueno y, creyendo saber, en realidad están muy perdidos. Ahora bien, el hecho de que las nuevas generaciones no se entiendan con las viejas en lo que toca a este asunto es un síntoma claro de la importancia que la antropología ha cobrado hoy. Es un “momento de crisis, y tal vez por lo mismo de gran oportunidad” (pp. 186-187). A juicio de la autora, hacen falta dos cosas entre los contemporáneos: “actitudes y contenidos” (p. 31). En cuanto a las actitudes, es preciso “salir de las propias seguridades y estar realmente dispuestos a encontrar al otro” (p. 31), “hacernos vulnerables” sin miedo a que se rompa la coraza de “los esquemas o preconcepciones que traíamos” (p. 30). En lo que respecta a los contenidos, necesitamos más precisión y claridad conceptuales y menos politización. La antropología filosófica y teológica, nutrida de

las ciencias, es el único ejercicio intelectual pertinente aquí, previo a la política y más profundo. No se reduce a una cuestión académica, pues está en juego la propia vida. La fractura generacional en lo que respecta al tema de la diferencia sexual, del llamado 'género' y de la sexualidad, "es una manifestación de que el hombre no sabe quién es"; en definitiva, pone en evidencia "el intento fallido del hombre por comprenderse a sí mismo" (p. 25).

Marta Rodríguez nos enseña cómo hemos llegado hasta aquí pasando revista a los principales hitos de la historia de la idea del 'género' –desde John Money hasta la multiplicidad de teorías actuales– (pp. 33-50). El lector de a pie agradecerá sin duda esta generalología sencilla y abarcadora del uso actual que hacemos de la palabra 'género'. El vocablo ya goza hoy de cierta vigencia en nuestras sociedades. El problema es que "no sabemos de qué hablamos" cuando hablamos del género y que "encima lo hacemos mal" (p. 15). Pero tampoco hay una única teoría a la que podamos recurrir para saber a qué atenernos, pues las llamadas 'teorías de género' y las consiguientes ideologías no hacen sino desorientarnos todavía más.

Y la Iglesia, ¿qué dice? Así se titula, precisamente, uno de los capítulos del libro. En boca de su autora, la Iglesia "no hace propia ninguna filosofía, pero puede señalar los errores de ciertas comprensiones filosóficas y avanzar ella misma en la forma de entender los problemas" (p. 63). En este sentido, la profesora sostiene que la Iglesia del siglo XXI ha sabido incorporar el término. Lo ha hecho señalando que el género se puede distinguir del sexo, si bien no puede separarse de él. Así, sin caer en un determinismo biológico, la distinción sin separación permite hablar de una fundamentación (cfr. p. 68). Con todo, es de lamentar que esto "no haya calado aún en la cultura católica" (p. 69).

La influencia del magisterio de san Juan Pablo II destaca especialmente en el libro de Marta Rodríguez. Así, frente a la idea de que el cuerpo no es imagen, sino solo vestigio de Dios, la autora recurre al papa polaco para sostener que el cuerpo sexuado, tanto del varón como de la mujer –diferentes pero complementarios–, participa también de la dignidad de la imagen de Dios (cfr. p. 125). De hecho, esto lo ilustra la autora con unas páginas maravillosas (pp. 126 y ss.). Además, sostiene que "la diferencia sexual no está principalmente en el cuerpo; más bien, es ahí donde se manifiesta con más claridad" (p. 72). Por tanto, la persona misma tiene una condición sexuada, corporalmente manifestada y psicológicamente asumida. Para la autora, la percepción interna que tenemos de nuestro propio yo, en un plano psicológico, puede no corresponderse con nuestro ser personal, que pertenecería a un ámbito ontológico. Esta falta

de correspondencia entre la verdad subjetiva de la dimensión consciente y la verdad radical del ser personal compromete, según Marta Rodríguez, el camino de plenitud de nuestra vida (cfr. 77). El problema es que no nos solemos mover más que en el plano psicológico (cfr. pp. 78, 85). Cuando nace una persona, sin duda ya nace siendo hombre o mujer; pero a la vez “es cierto también que uno ‘se hace’ hombre o mujer” (p. 94). Así, la dimensión ontológica reclama un desenvolvimiento existencial, de toma de conciencia en perspectiva escatológica. Y aquí entra en juego la libertad y el sentimiento. Sin caer en el extremo que las generaciones viejas critican en las nuevas –el de la libertad sin límites y el emotivismo–, es preciso reconocer el dinamismo de la vida humana: esa capacidad que tenemos para decir “sí” a nuestra naturaleza, desarrollándola sin agotarla. Por ello nos distinguimos de los animales, pues la naturaleza no nos determina, sino que nos invita a que nos apropiemos de ella. Y el desarrollo de esta apropiación es la cultura, patrimonio exclusivo de la humanidad. Si tenemos una naturaleza polarmente sexuada, su desarrollo cultural –históricamente inagotable (p. 93)– es, precisamente, eso que llamamos ‘género’. Así entendida y desde una perspectiva cristiana es como Marta Rodríguez nos invita a emplear la palabra más allá de toda ideología.

Para terminar, señalemos que este libro, pese al fondo filosófico que delata, no es ningún tratado de filosofía. Como tampoco de teología. Lo cual no es ningún defecto, pues no fue esa la intención de la autora. Solo quiso venir a ayudarnos en nuestra desorientación. Nada más... ¡Y nada menos! Y no hay duda de que el lector, gracias a este libro pequeño, claro y ordenado, podrá empezar a ponerse en camino en el seno de una Iglesia que, con las actitudes adecuadas y los contenidos perfilados, está llamada a comportarse como una madre y una maestra.

David Antonio Yáñez Baptista